

REPORTAJE ARQUEOLÓGICO

La necrópolis de la Cueva de Uchova en el barranco de La Tafetana (Tenerife)

Al Profesor D. Julio Martínez Santa-Olalla, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas.

Por Luis DIEGO CUSCOY

Antecedentes

Uno de los hechos más bochornosos que cabe registrar en estos últimos cincuenta años, y en lo que a yacimientos arqueológicos se refiere, lo constituye la brutal destrucción de la necrópolis guanche enclavada en el barranco de La Tafetana, del término de San Miguel (Tenerife), y que se conoce con el nombre de *Cueva de Uchova*.

Transcurridos justamente veinte años del hecho, nos ha parecido oportuno no sólo recopilar cuántas noticias circularon entonces en torno al apasionante descubrimiento, sino que al mismo tiempo hemos hecho un detenido estudio de la cueva sepulcral. Con los datos que en aquella fecha se publicaron, con los ahora recogidos de viva voz cerca de testigos y de visitantes de la cueva cuando fue hallada y con los resultados de la excavación ahora realizada, creemos disponer de suficientes elementos de información para poder decir cómo era la cueva del barranco de La Tafetana, cuál era el valor científico del yacimiento y cuánto significó su pérdida para el mejor conocimiento de las antigüedades canarias.

El día 24 de junio de 1933 los periódicos de la capital de Tenerife dieron cuenta del descubrimiento de una cueva sepulcral en un barranco de San Miguel. El diario «Hoy», en su edición del citado día, publicó un artículo firmado por Abelardo Salas y fechado en San Miguel. Dicho señor daba cuenta del hallazgo, pero no

citaba el nombre del barranco ni el del paraje donde la cueva se hallaba emplazada. Es curioso que tampoco señalara el día en que se verificó el hallazgo.

Como a partir de ese día fue cuando toda la prensa insular se hizo eco, tanto en editoriales como en informaciones, del extraordinario acontecimiento, habíamos sospechado que, en efecto, alrededor de esa fecha se había descubierto la necrópolis. Sin embargo, nuestra reciente visita a la cueva nos ha facilitado una fecha. No es la exacta, como veremos más adelante, pero en realidad es la que nos ha servido en la precisión del dato.

A la izquierda de la entrada de la cueva, y en una obra de mampostería ejecutada para proteger el acceso al yacimiento cuando ya nada había que guardar en él, hay un pequeño recuadro de cemento alisado, con la siguiente inscripción, que transcribimos incluso con sus fallos de ortografía: «Ceptiembre 14 Año 1933. Allado el Día 19 Mayo del mismo año».

Según esta inscripción grabada en el cemento, desde el descubrimiento de la cueva hasta que los periódicos se hicieron eco del mismo, transcurrió más de un mes, cosa poco probable dada la gran polvareda que se levantó. Compulsando otros datos hemos llegado a la conclusión que no fue el 19 de mayo, sino el 19 de junio el día que fue descubierta la *Cueva de Uchova*. Pero aun así, y hasta que se dio la noticia, transcurrieron cinco días, plazo demasiado largo en un asunto de esta naturaleza. Por triste experiencia sabemos que bastan menos de veinticuatro horas para arrasarse un yacimiento, y no veinte años atrás, sino ahora mismo, así que uno se descuide un poco. En menos de veinticuatro horas se barrió hace dos años una cueva sepulcral en el Barranco de las Ánimas (El Rosario); a las tres horas de descubierta, se habían extraído valiosas piezas de la cueva sepulcral descubierta el año pasado en el trapiche de Tejina; y hace también un año se perdió otro yacimiento en Guía de Isora, de cuyo ajuar hemos tenido noticias, pero no rastros de su paradero.

Es decir, que el peligro subsiste. Las conclusiones que de todo esto se deducen son verdaderamente desconsoladoras. Hoy es posible estudiar científicamente un yacimiento, siempre que se tenga noticia de él. De los dos primeros yacimientos que hemos

citado —el de El Rosario y el de Tejina—, queda su estudio, testimonios interesantes y algún material aprovechable, mientras que de la cueva de San Miguel quedan escasísimas pruebas. De haberse conservado intacta, hoy sería no sólo el más importante, sino el único yacimiento funerario existente en el archipiélago.

La «Cueva de Uchova» a través de la prensa

La información que Don Abelardo Salas remitió al diario «Hoy» llevaba por título: *En una cueva de las proximidades de San Miguel ha sido encontrado un cementerio guancho con ochenta momias y utensilios domésticos*. En esta información ya se da el nombre del descubridor: Domingo Pérez González. Dícese que éste se hallaba cogiendo hierba por el barranco cuando descubrió la cueva. Se dan unas vagas noticias sobre el camino para llegar al barranco y sobre el acceso a la necrópolis, a la que llama «palacio». Señala algunos puntos donde aparecen cadáveres, pero sin decir cómo ni precisar el dato, y en el curso de la información desmiente el título y dice que el número de cadáveres es de sesenta.

En cuanto a ajuar funerario, con la misma falta de precisión, dice que «había objetos de barro, de madera y de cuero, camas de materias vegetales, etc.». Pero no sabemos qué objetos son ni la forma y calidad de las camas.

Ese mismo día, es decir, el 24 de junio, «La Tarde» da cuenta que el capitán de la Guardia Civil Don Santiago Cuadrado comunica desde San Miguel al Gobernador Civil el sensacional descubrimiento, señalando que tuvo lugar el día 21. Sube al barranco de La Tafetana —al que ya nombra— y, por primera vez, se cita el emplazamiento de la cueva: «en el caserío de Ochoa». Interroga a Domingo Pérez González y éste declara «que en distintos puntos y formando grupos de dos o tres y algunas veces de más se encontró en el suelo, en las paredes y en el techo, como si fueran nichos, multitud de esqueletos humanos, y en un recodo de la cueva, unidos, vio hasta doce».

Por el informe del señor Cuadrado sabemos que el día 23 «la curiosidad popular» —hoy podríamos llamarla de otra manera—

«ha tocado cuanto le vino en gana, deshaciendo parte de los cuerpos y desordenándolos». Es decir, que el día 23 aún quedaban muchos restos humanos en la necrópolis.

La misma mañana de ese día, como consecuencia de telegramas cursados a Madrid por el Gobernador Civil de la provincia, señor Gil Tirado, se recibe un telegrama del Director General de Bellas Artes rogando que se dicten las disposiciones oportunas con el fin de que tan interesantes restos arqueológicos sean debidamente custodiados. El Gobernador Civil había también ordenado al Alcalde de San Miguel que custodiase el yacimiento. En ese mismo día, la primera autoridad civil, acompañada del Presidente del Cabildo Insular y de otras autoridades, se traslada a San Miguel. Van asimismo periodistas y fotógrafos.

El mismo día 24 «La Prensa» publica más noticias del descubrimiento, y en el título se advierte ya preocupación y temor por la integridad de la necrópolis: *Hallazgo interesante. Del cementerio guanche de San Miguel se llevan varias momias y algunos objetos. Una excitación a la primera autoridad civil.* Dice que son 74 los cadáveres que se encuentran en la necrópolis y da una noticia más precisa acerca de la colocación de los mismos: «Estaban colocados en el interior de una cueva, en una especie de camarotes contruídos con palos de sábina, acostados los cuerpos en posición decúbito superior». Sin detenerse mucho en la referencia, describe a continuación el estado de las momias.

Respecto a la fecha del descubrimiento sigue diciendo el periódico citado que Domingo Pérez dio cuenta al ayuntamiento a los tres días del hecho, de lo que parece deducirse que la cueva se descubrió el día 19 de junio, fecha correcta si tenemos en cuenta lo que más arriba decíamos. Era al 19 de junio y no al mismo día de mayo al que se quería referir el mampostero autor de la inscripción.

En esa misma información se da la longitud de la cueva, que se estima en unos trescientos metros. Señala su situación en el camino que va para Cáscara, en los altos de San Miguel y a unos tres kilómetros de distancia del pueblo. Sorprende un poco leer en la misma información las instrucciones dadas a fin de proteger el yacimiento. «Se dispuso que un guardián vigilase la cueva —dice—, dándose después permiso al público para que pasase a ver las

momias: pero hubo de suspenderse la entrada, porque muchos de los visitantes se llevaban cadáveres, huesos y utensilios pertenecientes a los aborígenes, siendo impotente el guardián para impedirlo».

El periódico eleva una agria protesta por tanta dejación y abandono y pide que la fuerza pública vigile el yacimiento y haga por recuperar los objetos sustraídos. Pero ya todo estaba hecho, y a partir de entonces sólo se han de oír, en torno a la bárbara destrucción de la *Cueva de Uchova*, lamentaciones y protestas.

El corresponsal del citado periódico, en San Miguel, escribe en la misma fecha —24 de junio— que la cueva de «Ochoa» tenía 20 metros de longitud, que el número de esqueletos intactos —esa es la expresión que usa— oscilaba entre 60 y 70. «Es de notar la posición en que se encuentran —añade—, unos a continuación de otros, y algunos formando grupos de tres, de cuatro y hasta de cinco».

Al día siguiente «La Prensa» dedica cuatro columnas al descubrimiento, y hasta «Nijota», en una *Musa cómica* del día, se ocupa de las setenta momias. Abre la información una amplia referencia a las prácticas funerarias guanches —momificación, cuevas sepulcrales, ideas religiosas, etc.—, y cierra con el ya conocido informe del señor Cuadrado —publicado en «La Tarde»— y con la noticia del viaje a San Miguel y de la visita a la cueva por parte del Gobernador Civil señor Gil Tirado. Entre las manifestaciones que la primera autoridad civil hace a los periodistas se encuentran las siguientes: «He visitado detenidamente la cueva y después de examinar con todo detalle los restos que en ella se han encontrado, he sacado la impresión de que se trata, realmente, de un cementerio guanche». No cabe duda que la perspicacia del señor Gobernador era muy aguda.

Hay ya, en estas manifestaciones, un informe más exacto acerca de los cadáveres que descansan sobre troncos de sabina. Dice que sobre piedras de grandes dimensiones había apoyados unos palos, y sobre éstos numerosos cadáveres superpuestos. Se miden esqueletos y se dan las dimensiones de 1'75 y 1'90 metros. Solamente en seis esqueletos se advierten restos de momificación en las manos, con las uñas intactas, y uno con el pie entero. Añade que en la cueva no apareció objeto alguno, salvo una piel entera junto a

un cuerpo. Ante la sospecha de que haya una cámara oculta, el Gobernador ordena que en el interior de la cueva se realicen «algunos trabajos de perforación».

Se refiere a la versión del guardián atropellado por «unos salvajes de Villaflor» —son frases del señor Gobernador— y termina dictando unas disposiciones que, de haberse llevado a cabo por autoridades locales y vecindario, aún se hubiese salvado algo de la importante necrópolis.

El diario «Hoy» publica ese mismo día el informe del capitán de la Guardia Civil señor Cuadrado y la noticia referente al telegrama del Director General de Bellas Artes.

El día 26 el periódico «La Tarde» trae una amplia información de la cueva, a la que por primera vez llama de «Uchova», prefiriendo la forma popular a la que figura en los amillaramientos, forma que nosotros también preferimos, por haber comprobado es la corriente entre el pueblo.

«La Tarde» aporta datos directos, obtenidos en el lugar y recogidas de testigos presenciales. Habla de la movilización general de los vecinos de San Miguel, Granadilla, Vilaflor y Arona, con sus pagos, en romería hacia la cueva, y calcula que pasaron de cuatro mil personas las que en el corto espacio de tres o cuatro días desfilaron por el barranco de La Tafetana. «El sábado (es decir, el día 24) —escribe «La Tarde»—, a pesar de las órdenes recibidas, más de 600 personas de los pagos de Damas y Tamaimé entraron en la cueva guanche». Dice también que sólo dos universitarios, el médico y el farmacéutico de San Miguel, habían estado en la cueva. Nuestras noticias son de que también en la *Cueva de Uchova* estuvieron el abogado Don Manuel González de Aledo, el historiador regional Don José Peraza de Ayala y la escritora y profesora María Rosa Alonso, de la Universidad de La Laguna y del Instituto de Estudios Canarios. María Rosa Alonso publicó una breve nota pidiendo que por personas enteradas se procediese a la inmediata excavación y valoración científica del yacimiento. No señala la presencia de ningún objeto y cifra en 55 el número de cadáveres, entre hombres, mujeres y niños. Con clara visión apunta que «el primordial interés del hallazgo residía en haberlo conservado intacto». Termina pidiendo que el Museo Municipal se haga cargo, para su

custodia, de los restos humanos. Pero la advertencia cayó en el vacío. («La Tarde», 21 de junio de 1933).

Por las noticias que da «La Tarde» nos llega la primera referencia de un objeto hallado en la cueva: se trata de un trozo de cuenco de madera de 10 centímetros de altura y 20 de diámetro.

La información de este periódico es la más aprovechable. Véase cómo entra en el tema: «Comenzamos la ascensión partiendo de *La Deseada* y pasando *El Majuelo* y el *Camino de los Negros*. Cruzamos *La Mulata* y salimos al camino de *Uchova*». Después describe el camino de acceso a la cueva y señala sus dimensiones, 1'50 m. en la boca y 56 m. de profundidad, dimensiones que coinciden con las que ahora hemos obtenido nosotros. Muy interesante la noticia sobre la distribución de los esqueletos en el interior de la cueva, pero hacemos gracia al lector de repetirla, en cuanto que tendremos ocasión de precisarlo más adelante. Aún llegó el informador a tiempo de ver en la rotonda del fondo de la cueva un esqueleto —que dedujo era femenino— con un cuerpo de niño al lado.

A estilo de gran reportaje, con tres fotograbados, publica el día 27 el periódico «Hoy» más noticias sobre la cueva. Al llegar a la *Cueva de los Guanches* —así la denomina—, «El Reporter de Turno», firmante del reportaje, se encuentra a Domingo Pérez, a una pareja de la Guardia Civil y a numerosos vecinos. Domingo cuenta lo que quiere y calla lo que le conviene. Ligeramente se describe la cueva y se señala su orientación. «A un lado y otro vamos observando dónde estuvieron las momias depositadas». Por este párrafo puede deducirse cómo se encontraba ya el yacimiento el día 26, es decir, cinco fechas después del hallazgo. Son particularmente valiosos los datos que facilita sobre la colocación y orientación de los cadáveres, unas veces de sur a norte y otras de norte a sur. En el fondo de la cueva están colocados de este a oeste y viceversa, «tocándose, al parecer, por las plantas de los pies». Este dato es cierto, como se verá por otros que aportaremos y por lo que hemos deducido en el transcurso de nuestra reciente excavación.

En cuanto a ajuar funerario dice que no se encontró ninguno, aunque apunta la posibilidad de que quede algo mezclado con la tierra de la cueva. No da más que 25 metros como longitud total de la caverna.

Interroga, como es natural, a Domingo Pérez, el que no aporta ninguna noticia nueva. En cuanto a los vecinos de San Miguel, todos condenan la salvaje destrucción de la necrópolis; incluso algunos acusan a Domingo Pérez de haber contribuido con su actitud a que todo sucediera de la forma ya conocida. Algo de esto se aprecia en las manifestaciones del secretario del Ayuntamiento de San Miguel Don Francisco Gómez. Dice que tuvo noticias del hallazgo por algunos vecinos, y que la comunicó inmediatamente al Alcalde. Éste ordenó que se colocara un guardián en la puerta de la cueva, pero al día siguiente Domingo Pérez recabó para sí este derecho, ya que él era el descubridor. Así se hizo, y el resto lo hicieron los «chasneros» (los de Vilaflor), sobre los que parecen descargarse todos los golpes en este lastimoso asunto.

Vale la pena transcribir el comentario final de este reportaje: «Donde no hay un régimen establecido para esta clase de descubrimientos, ya que en muchas ocasiones ocurren cosas por el estilo —ahí está, también, el hallazgo de momias en El Tanque—, es imposible evitar su destrucción». Para aquellas fechas está bien el argumento. Pero hay que poner en juego algún que otro medio represivo, porque, aún hoy, con «régimen establecido», se repiten de vez en cuando hechos análogos.

El mismo martes, día 27, «La Prensa» publica un gran reportaje sobre la *Cueva de Uchova*, firmado por el poeta y periodista Luis Álvarez Cruz. Más mano de poeta que de periodista hay en el reportaje, pues en él se puede transitar desde el «hondo reposo de los guanches», con que se introduce el escrito, hasta unas «divagaciones finales» pasando por «la peregrinación de la barbarie».

Veamos qué nos dice Álvarez Cruz de todo esto. Describe con detalle cómo fue destruido el yacimiento. Encuentra Guardia Civil cerca de la cueva. Domingo Pérez, en el filo de la popularidad, está presto al informe. Allí está presente el benemérito Don Anselmo J. Benítez, que tanto hizo por las antigüedades del país. Al conturbado Don Anselmo sólo se le ocurren dos cosas: valorar las pérdidas en dos millones de pesetas y exclamar desesperadamente: «¡Qué dirá Fisher! ¡Qué dirá Wölfell!» El periodista cree que no es preciso ir tan lejos para saber lo que hay que decir.

Por fin, el autor del reportaje penetra en la cueva. Huesos desordenados y pieles para envolver las momias es lo que ve. No habla para nada de utensilios, excepto del cuenco de madera roto, que fue a parar a manos del señor Gil Tirado. Todavía encuentra el periodista algún esqueleto en posición anatómica y en su sitio, pero no se dan más datos que puedan ilustrar acerca de la totalidad del yacimiento. Otra vez los vecinos de San Miguel arremeten contra los chasneros, y en eso acaba todo.

El reportaje va profusamente ilustrado: fotograbados reproduciendo la entrada de la cueva, el interior de ella, el medio cuenco de madera, el pie momificado, una vista de un rincón de la cueva con restos humanos, otra con el emplazamiento de la cueva, etc. Al redactar el presente trabajo, aun disponiendo de fotografías tomadas ahora, hemos creído de más valor ilustrarlo con las fotos que en su día se tomaron, ya que ellas nos retrotraen al momento vivo del descubrimiento. Por otro lado, estas fotos, tomadas todavía con algún enterramiento en su orden, constituyen una verdadera aportación científica, y se puede decir que lo poco que se ha salvado de la *Cueva de Uchova* se debe a los fotógrafos, a quienes hay que felicitar por su trabajo, aunque sea con veinte años de retraso.

El día 29, «La Tarde» da cuenta de denuncias formuladas por Domingo Pérez contra varios vecinos de Vilaflor por haber entrado en la cueva contraviniendo las órdenes dadas y haber sustraído de ella objetos y restos humanos. La Guardia Civil actúa, y en Vilaflor mismo recupera algunos maxilares y trozos de piel; por orden gubernativa, los inculpados pasan al Juzgado de Instrucción.

Esta etapa, como se ha visto, se caracterizó por un total desbarajuste, en la que nadie sabía qué debía hacerse y en la que todos participaron para llevar las cosas por el peor de los caminos. A eso se refiere «La Tarde» en su edición del día 29, en la que un comentario de redacción trata de encauzar las cosas. Es la primera vez que se formula un comentario sereno y reflexivo. Critica la cómoda postura de indiferencia y apatía con que se miran en el país los problemas verdaderamente importantes y dice que de lo ocurrido en la *Cueva de Uchova* no puede culparse solamente a las

masas ignorantes. Y veremos más adelante cuánta razón tenía al decir eso.

Con ello parece cerrarse el bochornoso capítulo de la *Cueva de Uchova*, en el barranco de La Tafetana, término de San Miguel, en el sur de la isla de Tenerife.

Veinte años después

Al cabo de veinte años ponemos otra vez de actualidad la necrópolis de San Miguel. Un doble propósito nos ha guiado: salvar para la arqueología el más importante yacimiento funerario descubierto en Tenerife en lo que va de siglo y utilizar la triste experiencia como paradigma y enseñanza.

Afortunadamente, aunque sea ignorada por muchos, hay ahora una organización oficial que vigila, estudia, controla y custodia, hasta donde es posible, estos hallazgos fortuitos, hallazgos que por el hecho de ser fortuitos corren un grave riesgo de desaparecer. Aunque se esté atento, no siempre se llega a tiempo de evitar el daño. Los hallazgos se realizan casi siempre en parajes alejados de los núcleos urbanos y por gentes ignorantes. Cuando la noticia llega, ya el daño está hecho. Se nos ocurren varias soluciones para remediar este peligro, pero creemos de otro lugar su planteo. Porque no está el peligro tan sólo en que el yacimiento caiga en manos de gente ignorante, sino que pululán en torno a la arqueología insular toda suerte de elementos, entre curiosos y atrevidos, a veces doctos en otros quehaceres, pero horros de los más elementales conocimientos etnológicos y de técnicas especiales de excavación, que hacen tanto o más daño que el que nada sabe. También para ellos hay soluciones. Pero repetimos lo de antes: estas cosas no son de este lugar.

La *Cueva de Uchova* constituyó en su día un escándalo, pero no pasó de ahí. No hay, salvo referencias periodísticas, ninguna publicación a ella dedicada. Son más ilustradoras, como ya hemos dicho, las fotografías que entonces se tomaron y que hoy podemos ofrecer gracias a la amabilidad de A. Benítez y del Director de la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife Don

Pedro Suárez, quien además nos ha facilitado unos dibujos hechos en la cueva y un plano de la misma. Con este plano y con el obtenido por nosotros hemos podido precisar con bastante exactitud la naturaleza de tan interesante yacimiento. Creemos haber contribuido con nuestra recopilación de datos y nuestra excavación a la valoración científica de la necrópolis y a que quede de ella constancia en el quehacer arqueológico de la isla.

Pero esto se ha podido realizar como parte del plan de Excavaciones Arqueológicas de la Comisaría General y dentro del Servicio de Investigaciones Arqueológicas del Cabildo Insular de Tenerife. Veinte años después de su descubrimiento, la necrópolis del barranco de La Tafetana es estudiada como tal yacimiento. Si en aquella época hubiese existido una organización eficiente, hoy tendríamos en su integridad la necrópolis. La reconstitución que hemos hecho en su interior servirá para ilustrar debidamente sobre determinadas prácticas funerarias guanches. Respecto al destino de los materiales humanos, ya hablaremos más adelante.

El barranco y algunas referencias folklóricas

El barranco de La Tafetana discurre en dirección NW-SE con desniveles bruscos en su cauce que determinan profundidades variables. La profundida media, en las proximidades de la *Cueva de Uchova*, es de 70 metros. Su curso describe una curva en dirección N-S frente a la cueva, y unos 100 metros más abajo se tuerce en dirección W (Fig. 1.).

Las estructuras basálticas alternan con las tobas y conglomerados, lo que es causa de la diferencia de nivel e incluso de dirección debido a la acción de las avenidas invernales, que han ido socavando alvéolo y márgenes. La vegetación es la que caracteriza la xerofilia de costa, que en la vertiente sur de la isla alcanza cotas más elevadas que en la vertiente norte.

La cueva está a unos 750 metros de altitud, altura que merece destacarse para esta clase de yacimientos. En ambas márgenes del barranco hay numerosas cuevas, alguna de más de 200 metros de profundidad, pero sin vestigios de vida humana.



Figura 1. El barranco de la Tafetana con el emplazamiento de la *Cueva de Uchova* (el grupo de personas señala la entrada a la necrópolis)

Las referencias folklóricas que hemos recogido no dejan de tener interés. En el barranco de La Tafetana, según se cuenta, hay cuevas a las que nunca se les ha dado fin, y una de ellas, no descubierta todavía, cruza la montaña de un lado a otro. En este barranco vivieron los guanches y por estas tierras cuidaban sus grandes manadas de ovejas. Eran muy felices, vivían muy bien y no carecían de nada, pues todo lo tenían al alcance de la mano y eran dueños de tierras y pastos. Rendían vasallaje a un rey que gobernaba patriarcalmente.

Se cuenta que en las vastas tierras del sur existían tres necrópolis reales, en tres barrancos distintos. Se sabía que dos ya estaban descubiertas, aunque se ignoraba el nombre del lugar, y que la tercera tenía que encontrarse en el barranco de La Tafetana. Esto lo decían los pastores años antes de descubrirse la *Cueva de Uchova*. Cuando ésta se descubrió, quedó confirmada la tradición.

A la vista de estas referencias no es descabellado pensar que la *Cueva de Uchova* fuese conocida desde antiguo por algún pastor que no se atrevió a revelar el secreto, pues en la boca de la cueva fueron encontradas en buen orden las piedras de un hogar y una buena capa de cenizas. Ahora se nos ha informado que un muchacho había estado en la cueva años antes que Domingo Pérez la descubriera, pero que la madre de aquél le había exigido silencio, por temor a que se tratara de un hecho criminoso y se viera envuelto en asuntos de justicia. Por lo visto, el muchacho no pasó de la primera sala o rotonda, es decir, de la entrada a la primera cámara funeraria, desde donde sólo se alcanzaría a ver un par de cadáveres.

Lo cierto es que el yacimiento se conservó intacto hasta el año 1933, y, como ya se ha visto, para ser arrasado, primero por los chasneros y después por autoridades y «entendidos».

Hoy se llega hasta las proximidades del barranco siguiendo la pista que va de San Miguel a La Escalona (Vilafior), en construcción todavía, pero abierta al tráfico. Debe quedarse el coche junto al almacén de las obras, una vieja construcción que está a la izquierda de la pista, desde donde sólo hay que recorrer unos 300 metros hasta el borde del barranco. Sin que el acceso a la cueva sea fácil, ni mucho menos, sabemos que el mismo se mejoró un poco con motivo de su descubrimiento, aunque el tiempo transcurri-

do haya borrado veredas y descarnado algún paso difícil. Contemplando el paraje y transitando por él, causa asombro el que no ocurrieran desgracias en aquella ocasión, dado el crecido número de personas que por allí descendieron, incluso muchas mujeres. El camino hay que tomarlo oblicuamente, dada la verticalidad de la margen del barranco. La cueva está más cerca del fondo que del borde, pero a más de cuarenta metros de aquél.

La cueva

La *Cueva de Uchova* tiene su entrada orientada al NW. La boca está formada por un arco natural apoyado en un contrafuerte rocoso que avanza unos dos metros hacia el exterior formando una especie de poyo o repisa que facilita notablemente el acceso al yacimiento (Fig. 2). La verdadera entrada era mucho más angosta antes de las obras de ensanchamiento que se realizaron en el año 1933. Sin embargo, el arco no pasa de 1'50 m. de alto y lo mismo de ancho. Poco más adentro se amplía un tanto, no mucho, pero conservando siempre la misma altura.

Con objeto de no perdernos en datos sueltos, interesa antes que nada describir la cueva. Está formada por cuatro cuerpos que en el gráfico de la fig. 3, *A* y *B*, aparecen señalados con las letras *a*, *b*, *c* y *d*. El primer cuerpo, *a*, está constituido por una galería tubular, típica en esta clase de cuevas, de 16 m. de longitud, de anchura que varía entre 2 y 3 m. y una altura de 1'50 m. Este tubo desemboca en una gran bolsa, *b*, de 23 m. de longitud, 16 de anchura, con techo abovedado, de 2 m. de altura en su punto inicial y 5 en el más elevado. Decrece sensiblemente hasta el punto en que la gran bolsa vuelve a estrecharse para continuar en otra galería, *c*, de características semejantes a la primera, si bien más corta, ya que sólo tiene 8 m. de longitud, con techo de 2 y 3 m. de altura en distintos puntos de su recorrido. Este tubo desemboca en otra bolsa o rotonda, *d*, de contorno muy irregular, constituida por gruesos conglomerados que al desprenderse han originado múltiples oquedades en las paredes y en el techo. Aquí termina la cueva; esta bolsa tiene 10,50 m. de largo, 3'50 m. de ancho y 2'50 m. de alto. La longitud total es de unos 57'50 m.

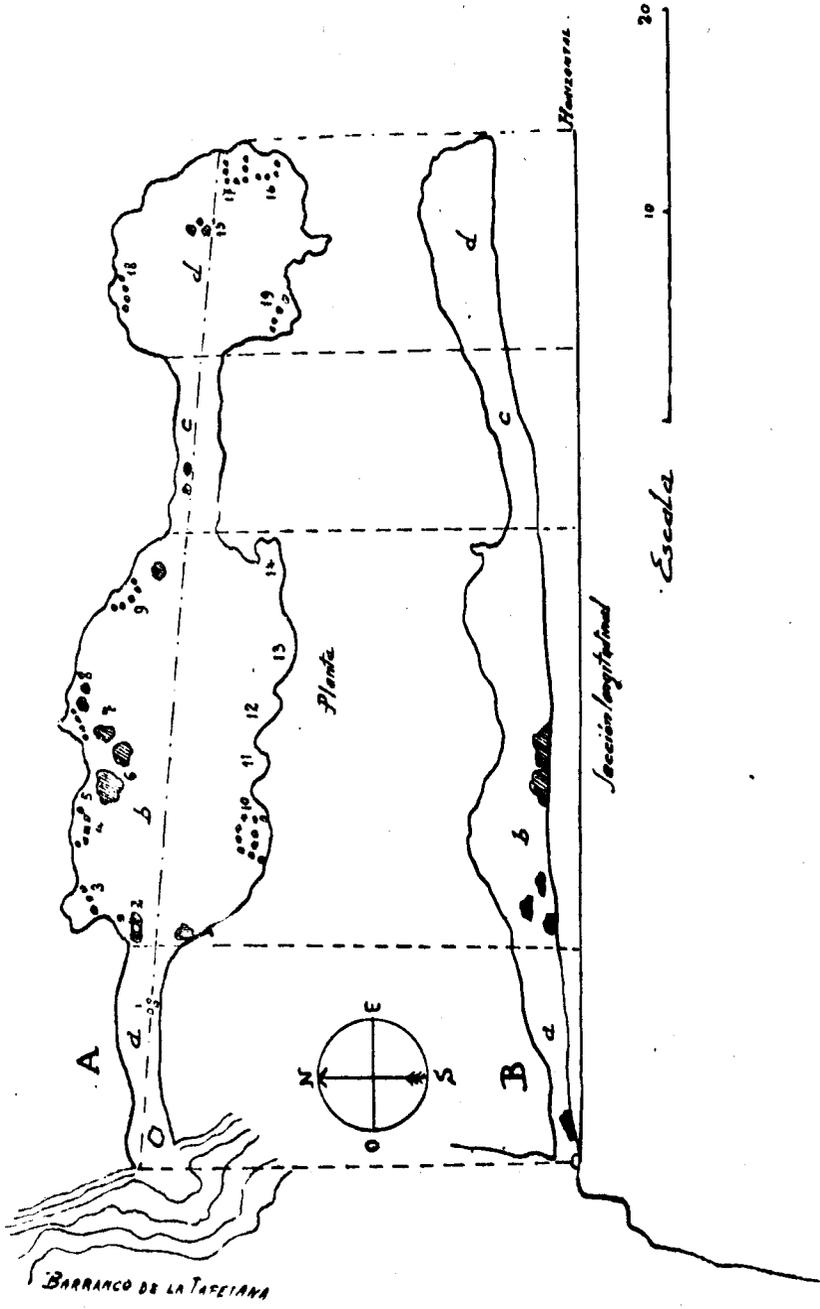


Fig. 3.—Plano de la Cueva de Uchova: A, planta; B, sección longitudinal

Como ya hemos dicho, el Director de la Escuela Superior de Bellas Artes de Santa Cruz de Tenerife Don Pedro Suárez, que visitó la cueva pocos días después de ser descubierta, diseñó un plano de la misma. Puesto a nuestra disposición, lo hemos contrastado con el levantado por nosotros, y con ambos hemos confeccionado uno. El plano del señor Suárez nos permite averiguar la distribución y colocación de los cadáveres en las dos cámaras funerarias de la cueva. Las notas que acompañan al gráfico son las siguientes:

Derecha (costado norte):

1. Piedras
2. Cadáveres sobre troncos de sabina
3. Cueva con once esqueletos en desorden
4. Repisa con un esqueleto
5. Ídem con un esqueleto (véase Fig. 4)
6. Cuatro cráneos y numerosos huesos sobre un peñasco
7. Pie momificado y trozo de un tamarco (piel)
8. Andén o repisa con un esqueleto
9. Cueva pequeña, casi a faz de tierra, obturada con piedras

Izquierda (costado sur):

10. Doce esqueletos en una cueva con pared
11. Cuatro esqueletos en una cueva alta
12. Un esqueleto en pequeña cueva a media altura
13. Un esqueleto en el suelo
14. Dos esqueletos en cueva profunda

Rotonda del fondo:

15. Un esqueleto en el centro
16. Dos esqueletos, uno de adulto y otro de niño
17. Un esqueleto en el suelo
18. Tres esqueletos en el suelo
19. Tres esqueletos en el suelo

Durante la labor de reconstrucción que hemos llevado a cabo en la cueva, en el verano de 1953, hemos determinado 13 nichos naturales, ya en alto, ya al nivel del suelo, donde se colocaron varios cadáveres. Dichas oquedades se encuentran a ambos lados de la cueva, distribuidas en la siguiente forma: tres en el costado sur, siete en el costado norte y tres en el fondo.

En cuanto a puntos de la cueva donde se depositaron y agruparon los cadáveres, hemos determinado seis en la primera rotonda,

cuatro en el costado norte y dos en el del sur, más los enterramientos en parihuelas hallados en el recodo de la izquierda, entrando a dicha rotonda. En la galería *a* y en la *c* no se colocó ningún cuerpo.

En la segunda rotonda hay cuatro lugares en el piso con huellas de haber descansado varios esqueletos: uno en el borde norte, dos en el del sur y uno en el fondo, este último doble, ya que, como se dijo, había dos grupos de esqueletos colocados en opuesta dirección y tocándose por los pies (Fig. 5).

En resumen: salvo en la rotonda del fondo, donde en su centro fue hallado un esqueleto sin cerco protector de piedras ni yacija, los cuerpos se colocaron junto a las paredes de la cueva y siguiendo el contorno de las dos cámaras o rotondas. Siempre que se podía, los cuerpos se depositaban detrás de las rocas que, desprendidas del techo y paredes, formaban pequeños recintos aislados (Fig. 6). Cuando no se podía hacer esto, se aprovechan todos los huecos y repisas, tanto en alto como en la superficie, pero en su borde exterior se colocaba una hilada de piedras procedentes de la misma cueva con el fin de proteger el cadáver o cadáveres (Fig. 7).

Otro procedimiento utilizado por la falta de espacio consistía en allanar un lugar del piso, empedrarlo y cercarlo también de pequeños bloques. Los cadáveres así colocados descansaban sobre piedras y siempre quedaba la cabeza apoyada sobre una laja.

Dos procedimientos nuevos se descubrieron en la *Cueva de Uchova*: los cadáveres descansando sobre parihuelas y el sepulcro individual. Uno de éstos, salvado en su forma y disposición originarias por el lápiz de Don Pedro Suárez, contenía el cerco de piedras, el cabezal, el empedrado y un tronco de sábina, desgajado, que reforzaba y sostenía las piedras (Fig. 4). Este dibujo, junto con las fotografías de las figs. 5 y 8, nos acaban de revelar el secreto de algunas prácticas funerarias guanches en el sur de la isla. Esto tiene una extraordinaria importancia por el escaso conocimiento que se posee de estas tierras desde el punto de vista arqueológico. Si después de veinte años aún pueden valorarse tales datos, imagínese lo que hubiera significado el estudio de la tan citada necrópolis en el momento de su descubrimiento.

¿Cuántos cadáveres contenía la cueva?

Si repasamos las noticias publicadas por la prensa, veremos que hay cifras para todos los gustos. Don Abelardo Salas da 80 en el título de su crónica y 60 en el texto; Don Santiago Cuadrado, 55; «La Prensa» del día 24, 74 cadáveres; el corresponsal de este diario, 60 o 70; «Hoy», del día 27, 55.

¿Quién está en lo cierto? Por los datos que ahora hemos podido recoger en San Miguel, por los que nos facilita Don Francisco Medina García, oficial mayor de aquel Ayuntamiento, por lo que hemos visto sobre el terreno, por las referencias de los obreros que ahora nos auxilian y que estuvieron en *Uchova* en la fecha del hallazgo y por lo que revela el plano y notas de Don Pedro Suárez, creemos que el número aproximado sería el de 55. No es probable que llegaran a sesenta los cuerpos descubiertos en la cueva.

Otro dato que nos parece de gran interés determinar es el que se refiere a los cadáveres momificados. Las noticias contemporáneas del descubrimiento de *Uchova* no distinguen entre momias y esqueletos. «La Prensa» dice que los 74 son todos momias; Álvarez Cruz, en su reportaje, habla también de momias. «La Tarde», del 26, se refiere a «restos de momias»; y el Gobernador señor Gil Tirado dice que sólo seis manos conservaban las uñas y que una pierna estaba con la piel completa hasta el pie.

A la vista de estos datos, lo más probable parece ser que cuerpos secos o momificados, como se les llama, habría muy pocos, quizás esos cinco o seis que se deducen de las noticias difundidas entonces. Son las mismas que ahora hemos recogido nosotros. De todas formas, no se halló ninguna momia entera.

También está a favor de esta idea el hecho de que gran parte del piso de la primera rotonda está cubierto de un polvo muy fino, oscuro, carbonoso, con aspecto de borras de café, que puede proceder de la descomposición de los cadáveres, y que se fue acumulando en aquel lugar a causa de la inclinación del piso y arrastrado por las filtraciones que humedecen la cueva.

Esta tierra ya llamó la atención de los primeros visitantes. Hablan de ella Don Santiago Cuadrado en su informe, el corresponsal



de «La Prensa» y Álvarez Cruz. Aún hoy, los que nos acompañan nos muestran esa tierra como una de las rarezas de la cueva. Hemos recogido muestras con el fin de que sea analizada.

Hemos hablado del número de cadáveres depositados en la *Cueva de Uchova* y, como es natural, nos formulamos la pregunta: ¿Dónde fueron a parar tan ricos materiales antropológicos?

Ya dijimos más arriba que no fueron precisamente los chasneros los que más daño hicieron a la cueva sepulcral del barranco de La Tafetana, sino una reducida minoría, la que marchó desde la capital a San Miguel solamente a dar órdenes. Contra ésta parece que no pudo ni la desesperación de Don Anselmo J. Benítez ni la presencia de entusiastas elementos del Museo Municipal, personas que hubiesen podido custodiar debidamente tan valioso material. Veamos qué ocurrió.

Cuando aún estaban todos los esqueletos dentro de la cueva se dio la orden de que se procediese a su *recogida* y se barriesen ambas cámaras sepulcrales. Se llevó a efecto lo ordenado, y participó en este trabajo Don Francisco Medina García, que es quien nos da la versión de este disparatado hecho. En vez de ordenar los esqueletos que la salvajada chasnera había sembrado por la cueva, se recogen sin ningún orden y se meten en cajas. Parece que el propósito era el de enviarlos a Madrid, no sabemos para qué. De momento, estas cajas debían ser depositadas en el Cabildo Insular de Tenerife para remitirlas más tarde a Madrid.

Como consecuencia de la información que nos facilita el señor Medina García tratamos de localizar en el Cabildo las citadas cajas. La casualidad nos ha facilitado el hallazgo. Acaso hubiese sido mejor no hacerlo. Ignorados de todos, pero no de los curiosos y coleccionistas, los materiales procedentes de la *Cueva de Uchova* han sufrido, en el espacio de veinte años, toda serie de ataques y sustracciones, hasta el extremo que *no queda ni un solo cráneo*, sino un informe montón de huesos en dos grandes cajones de madera. Eso es lo que podrá recuperar el Servicio de Investigaciones Arqueológicas en los sótanos del propio Cabildo, y esperamos que aún quede algo aprovechable entre los huesos, pues algunas piezas curiosas que existían, como fémures fracturados y consolidados, también sustraídas, no son lo más interesante antropológicamente.

De esta forma, asociadas la ignorancia de unos y la inconsciencia de otros, se destruyó para siempre el yacimiento supulcral de San Miguel.

Algunas noticias sobre el ajuar de la cueva

Nunca llegaremos a poseer datos ciertos sobre la cantidad y calidad del ajuar funerario contenido en la *Cueva de Uchova*. No obstante, por las noticias publicadas y los resultados de nuestra reciente excavación, creemos poder dar algún dato de cierto interés.

Don Abelardo Salas habla vagamente de utensilios: dice que había objetos de barro, de madera, de cuero y «camas de materias vegetales». «La Prensa», del 24, se refiere solamente a «utensilios», pero no especifica cuáles; el día 25 habla de troncos y pieles, pero añade contradictoriamente que no se encontró ningún objeto. «La Tarde», del 26, en su buena información, cita ya una vasija de madera, rota; habla de leños de sábina; pero acaba diciendo que no se descubrió ningún objeto ni collares. «Hoy», del día 27, afirma la no existencia de objeto alguno; y Álvarez Cruz cita troncos de sábina, pieles a las que llama «tamarcos» y objetos indeterminados.

Uno de los obreros que nos acompaña afirma haber visto sobre una piedra de la primera retonda una vasija de barro destrozada por la gente.

¿Qué cabe deducir de todo ello? Ante todo, y por lo que en el curso de nuestra excavación hemos visto, parece que se trataba de un grupo humano poseedor de escasos bienes, consecuencia de un régimen vital y económico extremadamente pobre.

Conceptuamos como pieza excepcional el cuenco de madera, del que sólo se salvó la mitad. Este resto fue a parar a manos del Sr. Gil Tirado. Todas nuestras pesquisas para su localización habían fracasado, hasta que Don José Peraza de Ayala nos manifestó que la citada pieza se encuentra en su poder (Fig. 9 y 11, n.º 2).

Por lo que se refiere a ajuar, nuestros trabajos de excavación han dado los siguientes resultados:

90 cuentas de collar, todas anulares. Diámetros, de 7 a 10 milímetros; espesor, de 3 a 8 mm. (Fig 10).



Figura 2. Boea de la *Cueva de Uchura*, Sentado, a la entrada, su descubridor, Domingo Pérez (Año 1933, Foto: Alta Estudio)



Figura 4. -Sepultura individual, acondicionada con piedras y palos de sábina (Dibujo por P. Suárez, hecho el año 1933)



Figura 5. Rincón de la rotonda del fondo de la cueva. Véanse en el extremo izquierdo las piedras que separaban los cadáveres. (Año 1933)



Figura 6. Interior de la primera cámara sepulcral. Un curioso sostiene un tronco de sábrina (Año 1933)



Figura 7. Sepulcro natural con hilada de piedras en el borde (Año 1933)

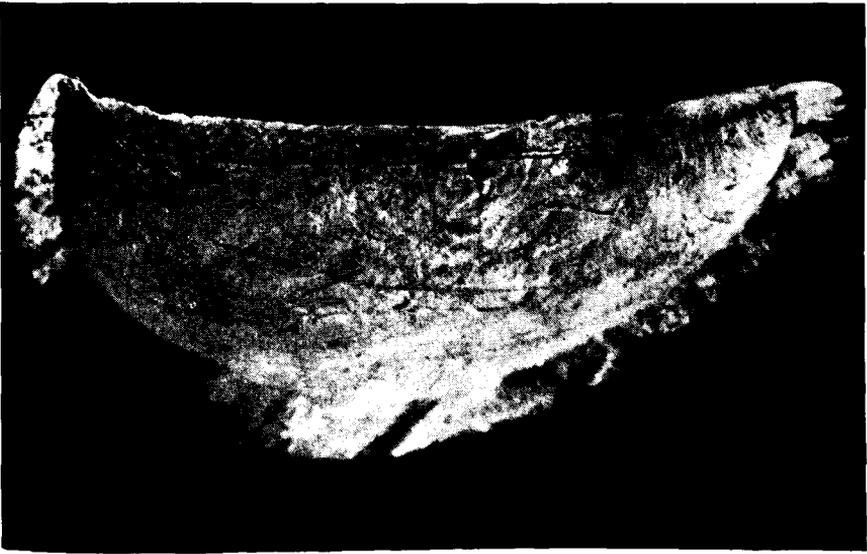


Figura 9. Fragmento del cuenco de madera hallado en *Tchora*
(Foto: A. Benítez, año 1933)



Figura 8.—Pequeña oquedad con cadáveres y un tronco de sabina que protegía el sepulcro (Año 1933)

Una cabeza de punzón de hueso (Fig. 10).

Un gánigo de barro, con dos asas de mamelón (Fig. 11, n.º 1).

Restos de pieles en algunos puntos de la cueva.

Hachones de tea.

Las cuentas de collar fueron halladas en una repisa, entre los restos de un enterramiento practicado en la pared sur de la primera rotonda, señalada con el número 14 en la Fig. 3.

El gánigo, en una oquedad abierta en el techo de la cueva, al final de la primera sala (Fig. 3, B, X). Es un pequeño cuenco de 9 cm. de altura por 18 de diámetro. Esta pieza es análoga a la

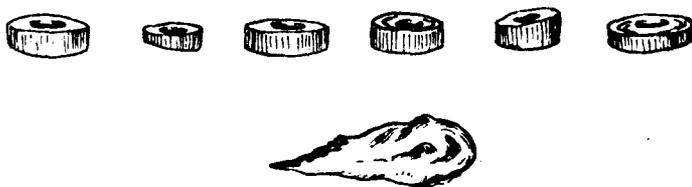


Fig. 10.—Cuentas de collar y cabeza de punzón. Algo aumentadas

que nos ha facilitado generosamente Don Lucio Rodríguez Gómez, de San Miquel, procedente de un hallazgo verificado el año 1918 en un covacho emplazado en *La Samboa*, término de Vilaflor.

La pieza procedente de *Uchova*, de color pardo rojizo, está confeccionada con una pasta grosera y mal cocida. La capa superficial está bastante deteriorada.

No se ha hallado en la cueva ningún útil lítico, ni siquiera taboñas, aunque en la margen opuesta del barranco hallamos una pieza de obsidiana, al aire libre.

Consideraciones finales

Muchos son los problemas, no sólo arqueológicos, sino etnológicos, que plantea la *Cueva de Uchova*. Emplazada, como hemos visto, en un barranco donde abundan las cuevas, con alguna fuente próxima, en zona tibia y rica en pastos, hacía pensar que dicha necrópolis estaba asociada a un importante poblado cavernícola.

Pero la realidad es otra: las cuevas del barranco de La Tafetana, aptas para ser ocupadas, no contienen restos de habitación humana, ni siquiera huellas de haber sido ocupadas temporalmente.

La necrópolis de *Uchova* parece ser que correspondió a una población muy dispersa o trashumante.

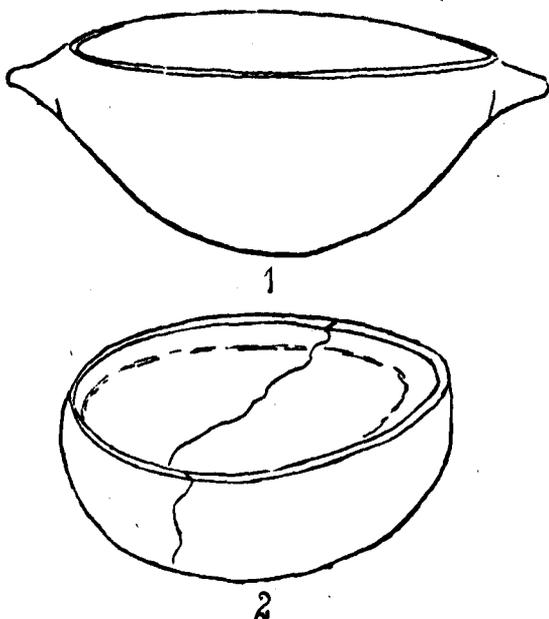


Fig. 11.—1. Pequeña vasija de barro. Escala 1/3.

2. Cuenco de madera, reconstruido

Las particularidades de rito funerario que dicha cueva ha revelado son las siguientes:

- 1.ª Cadáveres colocados sobre andamios de troncos apoyados en rocas. Varios cadáveres superpuestos.
- 2.ª Cadáveres en el suelo sobre lajas y cercados de piedras. Varios yuxtapuestos y superpuestos.
- 3.ª Cadáveres en nichos o repisas naturales, protegidos los bordes por hiladas de piedras. Varios cadáveres juntos.

4.^a Sepultura individual, acondicionada con piedras y troncos. Los cuerpos de la parte inferior tenían la cabeza descansando sobre una piedra.

No hay una orientación determinada: la misma viene impuesta por las condiciones de la cueva y por los lugares aptos dentro de ella.

La momificación fue extremadamente rara, hasta el punto de mostrar sólo seis cuerpos huellas de haber sido sometidos a secado. Esto viene confirmado por la presencia de trozos de piel adobada.

Existió un vaso de ofrendas, situado cerca de la cabeza de un grupo de cadáveres, y otro en un escondrijo de la misma cueva.

Las cuentas de collar formaban parte del ajuar de un grupo indeterminado de cadáveres, entre los que había por lo menos dos niños de corta edad, a juzgar por las clavículas recogidas ahora.

El cuenco de madera revela la condición pastoril del grupo que utilizó la cueva.

Los hachones de tea, el haber sido utilizados a la hora de las inhumaciones y abandonados después de apagarlos.

Las tres piedras que constituían un hogar, hay que considerarlas extrañas al yacimiento, por tratarse sin duda alguna de una cosa moderna.

La boca de la cueva tenía una gran piedra que no la obstruía del todo, pero disimulaba el acceso. Los bloques que se encuentran a la entrada de la primera rotonda ocultaban los enterramientos próximos. Esto puede explicar que la *Cueva de Uchova* permaneciera ignorada por tanto tiempo. Creemos que mucha gente conoció la entrada, es decir, la galería de acceso, pero no pasó de ahí.

Como colofón, una reflexión se nos ocurre hacer al terminar: lo que se ha ganado en el espacio de estos veinte años transcurridos.

Lo que ocasionó esa interesante necrópolis en su día fue barullo: barullo de prensa, de público, de autoridades y hasta de justicia. Y todo ello para que el yacimiento se perdiera irremediablemente sin saber a quién culpar. Hay una responsabilidad difusa que alcanza a todos, de arriba abajo, pues si no se sabía excavar, todos tenían idea de la importancia de lo que acababa de descubrirse.

Hoy ocurriría todo de modo bien distinto. El yacimiento hubiese sido estudiado, salvados los materiales y publicada la memoria con el mayor rigor científico posible. Es verdad que de cuando en cuando se repite algún que otro hecho parecido al de *Uchova*, pero la mayoría de las veces se llega a tiempo de salvar lo más importante.

De esta necrópolis, hasta el rico material antropológico se ha perdido. En realidad, no ha podido ser más bochornoso lo acaecido, pero por ello mismo debe constituir para todos una imborrable experiencia. Canarias no puede permitirse el lujo de perder un yacimiento así como así. Por lo que en estos últimos tiempos se ha trabajado para ordenar estas cosas en todo el ámbito nacional y de un modo muy especial en Canarias, no debe extrañar que hayamos dedicado este modesto trabajo al autor de la ordenación arqueológica de España. La Comisaría de Excavaciones Arqueológicas no podía dejar en el olvido al más importante yacimiento funerario conocido en los últimos tiempos en la isla.

Por ello, al cabo de veinte años, la *Cueva de Uchova* vuelve a cobrar actualidad. Aparte de la intención simbólica que se le ha querido dar a este trabajo, nos ha guiado el fin más realista de otorgar a dicha necrópolis su verdadera condición de yacimiento arqueológico, y muy importante. Este reportaje, que no puede ser detallada memoria por tantas lagunas como se advierten, permitirá, sin embargo, la inclusión de la cueva sepulcral de San Miguel en el conjunto de yacimientos arqueológicos insulares.

N. de la R., respecto al nombre de la cueva.—Parece palabra emparentada con *auchón* o *uchón*, frecuente en las Datas de Tenerife. Además, en data a Diego de Ibaute, de 1513 (*Datas*, II, 13, 2), figura, entre otras, una cueva llamada *Choba*, en Anaga.—De otro lado, entre los primeros colonos y vecinos no faltó un *Ochoa*.